HERMANA DE LOS ANGELES.

HERMANA DE LOS ANGELES.

I

La naturaleza, ha dicho Zimmermann, nos parece triste y desolada cuando nuestro corazón está comprimido por algún pesar: por esta razón, los últimos rayos del sol del martes 13 de noviembre de 1849, que teñían de oro las torres de México y daban vida y animación al campo, parecían pálidos, opacos y fúnebres á las personas que en aquel momento se hallaban reunidas en la recámara de una de las casas de la calle de San Juan, cuya ventana tenía vista hacia el Occidente.

Eran una joven y dos hombres, quienes, desde luego se conocía, formaban una sola familia.

La primera se hallaba reclinada en un sillón

cerca de la ventana era una muchacha de diez y ocho ó diez y nueve años, pero descolorida y lánguida como las flores del invierno. Estaba vestida de muselina blanca, y tenía la cabeza caída sobre el pecho. Todo en ella revelaba una pena profunda, uno de esos dolores latentes que devoran el alma.

En cuanto á los demás personajes, el uno yacía tendido en una cama que estaba en el fondo de la pieza, y el otro parecía velar á sus pies. Aquél, medio cubierto por las sábanas, dormía con un sueño agitado y febril; el último, sumergido en uno de esos éxtasis que elevan á las almas hasta la unción, tenía clavada la vista, con una especie de arrobamiento y beatitud, en la joven que estaba junto á la ventana.

Reinaba un silencio profundo, y el tiempo se deslizaba sin hacer sentir sus horas.

El postrer rayo del sol al ocultarse ya tras los montes, iluminaba la recámara con una tinta rosada como el reflejo lejano de un incendio. La joven, cuya cabeza se encontró de pronto bañada con aquella atmósfera de oro y grana, hizo entonces un movimiento volviendo en sí; fijó su vista en los cristales de la ventana, y al cabo de un momento murmuró, como hablando consigo misma, con esa voz que más bien parece exhalarse cual un perfume, del corazón, que salir de los labios:

—¡Qué tarde tan triste, Dios mío!

Estas palabras, dejadas caer casi involuntariamente en medio del silencio, produjeron un efecto inesperado.

El hombre que estaba sentado en los pies de la cama se estremeció, y repitió suspirando:

—¡Muy triste....!

El que dormía se enderezó repentinamente; tendió hacia adelante las manos, cual si buscase con angustia alguna cosa, y gritó con un acento breve, seco y nervioso:

—¿En dónde estoy?

La muchacha se levantó como movida por un resorte; y el joven, que la miraba cual se contempla á una imagen, tuvo que hacer un esfuerzo para arrancar de ella su vista y tornarla hacia el enfermo, que había vuelto á dejarse caer sobre la cama.

La muchacha, vestida de blanco, vino á arrodillarse junto al lecho; tomó entre sus manos las del enfermo, ardientes y resecas, y acercando su rostro al de éste, le decía con una voz llena de amor y de ternura:

—¡Manuel! ¡Manuel mío! ¿dónde has de estar, sino al lado de los que te aman?

Conmovido por aquel acento de armoniosa dulzura, volvió á enderezarse el enfermo. En seguida oprimió las manos de la joven sobre su corazón, que latía como si quisiera hacer pedazos el pecho que lo encerraba; y cual si tratase de convencerse á sí propio con el acento de su misma voz, exclamó:

—¿No es verdad, Rafaelita, que todo ha sido un sueño.....? ¡Oh! sí, ¡un sueño horrible....!

Rafaelita nada respondió; y el joven, que no había podido ver al enfermo sin que sus ojos se llenaran de lágrimas, se levantó del lugar donde estaba sentado.

Al oir el enfermo el ruido de los pasos, volvió la cabeza y dijo:

—¿Eres tú, Lorenzo?

Lorenzo se detuvo, y solamente contestó con voz apagada este monosílabo:

—Sí.

—¡Cuánto he sufrido!, prosiguió Manuel. Si supieras, hermano mío, lo que siento aquí! parece que el corazón se me hace pedazos y me ahoga....

Y volvió á caer fatigado sobre sus almohadas.

El sol, en esto, se había ocultado enteramente; ya no quedaba en el horizonte más que una zona amarillenta y sin brillo, y en la pieza no había otra luz que esa débil y moribunda claridad del crepúsculo, que parece confundir los objetos, borrando suavemente sus contornos.

—¡Pobre hermano mío!, murmuró Lorenzo acercándose al enfermo y dejando caer sobre él una de esas miradas en las cuales la compasión infunde no sé qué claridad benéfica. ¡Pobre hermano mío! Quiera Dios volver á tu corazón la calma, y borrar esas ideas fatales que tanto mal nos hacen á todos...

Y luego, volviéndose á Rafaelita, que había quedado arrodillada junto á la cama, añadió, no sin alguna alteración en su voz:

—No esté Ud. triste, ni pierda la esperanza. ¿Cree Ud. posible, Rafaelita, que pueda tener fin el amor verdadero y espiritual? ¡Ay, no! para las almas que han probado esa fruición anticipada de la beatitud celeste, amar es vivir.... Por un momento puede enturbiarse su dicha, como se nubla la luz del sol, porque estamos en el mundo; pero después es preciso, es indispensable que el corazón extraviado venga á implorar su perdón... Las almas que Dios ha creado la una para la otra, cuando por ventura se han reunido en esta tierra, no se divorcian nunca: sufren, padecen, lloran, porque el Señor quiere que se perfeccionen, y el dolor es una escuela de purificación; mas no se olvidan, porque esto sería degenerar, sería apartarse de Dios, (1) sería hasta perder la noción instintiva que tenemos de El, porque ¿qué es el amor, sino la inquietud indefinible que compele á las almas á aspirar á Dios, y cuyo principio es una vaga reminiscencia, una imagen lejana de su belleza impresa en nuestros corazones?.... (2) ¡Oh! no; ¿qué sería de la humanidad, qué sería del alma, si también ese amor purísimo, ese amor santo y celeste fuera perecedero como las necesidades y las pasiones de la tierra?.... ¿qué significaba entonces esa facultad, ese anhelo de amar del espíritu, que no encontraría sino objetos imperfectos y limitados?.... Amar es elevarse á la

(1) San Juan, Epíst. 5 Cap. IV. v. 8 y 16.
(2) Mr. Jules Simon, Etude sur Espinoza.

perfección; es sacudir los lazos de esta cárcel que sujeta nuestro espíritu; es hacer ofrenda de esta vida, para elevarse por medio de la contemplación hasta la unión estática: las almas más privilegiadas del Señor han sido las que han amado más; son aquellas en que Dios reverbera, como en un espejo purísimo; aquellas que primero reciben la luz, como las montañas encumbradas que dominan un valle... Sin este amor perfecto, sería imposible comprender el destino del hombre en el mundo; sin este amor, que exalta nuestras facultades, que purifica nuestras ideas, que absorbe nuestra alma en Dios, que la atrae, como dice la mártir del amor divino, "á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y sube la nube al cielo, y llévalos consigo;" (1) sin este amor, Rafaelita, sería imposible la inmortalidad del alma, y la religión un absurdo; porque la misma fe, la poderosa fe, ¿qué otra cosa es sino un acto, un éxtasis, "una creencia por amor?" (2) No, no, hermana mía, el Señor no separa lo que ha unido..... Entre Ud. y Manuel puede elevarse por un instante una sombra, pero no desvanecerse el amor casto y radiante que une sus almas....

—Gracias, hermano, gracias, respondió Rafaelita enjugando las lágrimas que corrían de sus ojos: esas palabras me consuelan y me dan

(1) Santa Teresa de Jesús, libro de su vida, cap. XX. 9.

(2) Joseph du Maistre, du Pape, lib I, cap. I.

valor.... Es cierto; yo no tendré términos para explicarme; pero mi corazón siente lo que Ud. dice: ¡amar al escogido de mi alma, es como hacer oración á Dios!..... Y perder su amor sería morir. ¡Sí! ¡sí! ¿cómo podría vivir mi alma, huérfana y hecha pedazos....?

—¡Morir!, respondió tristemente Lorenzo. No, Rafaelita, no piense Ud. en eso, cuando ha hallado el alma compañera de la suya.... Los que deben anhelar la muerte, pedirla al cielo como un bien, son esos seres solitarios que Dios echa al mundo para que conquisten una corona de martirio.... esos seres que sin una hermana entre todas las almas, no pueden otra cosa que turbar á los que se aman... y consumir en el silencio y la soledad los tesoros de amor con que había sido dotado su corazón.

Estas últimas palabras quedaron ahogadas entre los sollozos.

Después Lorenzo se apresuró á decir, como para dar un giro nuevo á sus ideas:

—¡Rafaelita, Rafaelita, Manuel padece demasiado..... está enfermo del corazón, y sólo Ud. puede consolarlo.... ámelo Ud. mucho, muchísimo.....! ¡Está en un peligro mortal, en que el amor tan sólo con sus fuerzas sublimes puede salvarlo!....

La muchacha se volvió hacia el enfermo, que permanecía aletargado: acercó su rostro al suyo, clavó sus ojos grandes y expresivos en la frente de éste, como si quisiera adormecer sus dolores por medio de ese encanto magnético

que posee la mujer amada, y se confundió la respiración de ambos por algún tiempo. Manuel fué despertando, como la naturaleza cuando viene la luz del día... Fué aquél un momento de felicidad silenciosa, indescriptible, de esa beatitud sin crisis ni convulsiones, que anega el corazón en un mar de delicias. El aliento, la vida íntima, por decirlo así, del uno, se infiltraba en el pecho del otro, como ese ambiente de la mañana que infunde la salud: era la comunión de dos almas que se exhalan y se reflejan la una en la otra, confundiéndose en un arrobamiento de amor, que gozan más bien con la dicha que dan, que con la que reciben.....

Por una especie de fascinación se detuvo Lorenzo á contemplar aquella escena, pero no pudo resistir por mucho tiempo á cierto malestar extraño é inusitado, y se retiró hasta la ventana, murmurando con una voz llena de sentimiento:

—¡Oh! ¡más vale morir!....

Manuel y Rafaelita, envueltos en ese fluido amoroso que aisla á los amantes del universo entero, oyeron aquella triste exclamación, pero sin comprender casi su sentido.

Ambos aspiraban con delicia ese beleño que laxa las fuerzas; y sin embargo, cuando más arrobado parecía Manuel, un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, y su frente se ponía alternativamente pálida y encendida.

Rafaelita decía entonces, acariciándole los

tabellos con las manos, como se hace con un niño:

—Desecha, amor mío, desecha esa pena... ¿no ves que te hace tanto mal.....? ¡ay! y á mí también. ¡Si supieras cuánto he llorado de anoche acá....! Pero ¿no es cierto que soy una loca? Cuando yo te amo tanto, ¿querrías tú dejar de amarme?....

Estas palabras, que repetidas parecen frías y secas, tenían en aquel momento, animadas por la vibración del alma de Rafaelita, perfumadas con el aliento de sus labios, una dulzura infinita, una ternura, una seducción irresistibles.

Manuel las escuchó como se oye una armonía celestial, é iba á responder, cuando repentinamente, como quien se estrella en un obstáculo imprevisto, retrocedió prorrumpiendo en un juramento.

Rafaelita, que había presentido otra respuesta más en consonancia con su corazón, se quedó inmóvil de sorpresa, sin voz ni aliento; al fin brotaron de sus ojos dos lágrimas, y se dejó caer gritando con profunda desesperación, con esa voz que rasga las fibras del pecho:

—¡Oh, Dios Santo, es verdad! ¡ya no me ama...! ¡ya no me ama...!

Por una impulsión tan rápida cuanto involuntaria, se precipitó Lorenzo hacia la muchacha; pero antes de llegar á ella vaciló un momento, como si huebiera un combate entre sus

sentimientos; alzó los ojos al cielo cual si buscase una inspiración, y al último, haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominarse, salió lentamente de la pieza. Hay momentos en que el hombre mejor dotado se siente al borde de un precipicio, y conoce que un paso, un solo movimiento le harían perder el imperio de sí mismo y precipitarse.

Manuel sintió que el corazón se le desgarraba con aquel grito de dolor. Echóse en cara su crueldad con toda la exaltación de su carácter, y pasando en un instante de un extremo á otro, decía llorando á Rafaelita:

—¡Que no te amo....! ¡Oh! no digas eso, por Dios. ¡Si tú eres la luz de mi alma....! Y, ¿cómo no he de amarte, si eres el único sér que tiene compasión de mí...? ¡si tú sola no te ries de mis dolores, pobre ciego....! ¿Amarte? es poco. Te adoro... quisiera poderte colocar sobre mi corazón y guardarte en mi pecho como en un santuario....! Pero ¡Dios mío!, añadió, ¿cómo puedo ser yo digno del amor de ese ángel, cuando mi corazón es tan imperfecto y le falta luz, como falta á mis ojos....?

Calló Manuel, y durante algunos segundos se restregó convulsivamente con ambas manos sus ojos, muertos é insensibles á la luz.

—¡Ciego! ciego!, murmuraba sordamente con esa voz que anuncia el delirio: ¿qué sería de mí en este estado, sin tu amor....? ¿No sabes que ser ciego es ser esclavo; es no poder dar un paso sin auxilio extraño; caer si la mano

que nos sostiene se retira un punto....? ¡Amame! ¡ámame....! ¡Cuando pienso que podrías dejar de amarme, me parece que se retira esa misteriosa claridad que alumbra mi alma....! Pero, ¿por qué está mi corazón turbado? ¿por qué pierde ahora su ciega confianza? ¿será que me amas menos que antes....?

—¡Amarte menos!, repitió la joven; y pensó en lo más íntimo de su mente: ¡El sí ha dejado de amarme, ó su corazón degenera! El amor es un acto de fe.... y la fe ya no existe desde que la duda empieza á asomar.... Pero yo también, ¿qué tengo hoy que dudo? ¿Es posible que tan pronto caiga el corazón en sus errores y su debilidad, desde que el amor que lo exaltaba se turba....?

Manuel apartó de sí las manos suaves y delicadas de Rafaelita, y se levantó. Su figura elevada y robusta tenía un no sé qué de terrible y lúgubre en medio de las sombras. La sangre se había agolpado á su cabeza, y el delirio hacía cruzar y sucederse sin ilación los pensamientos en su cerebro, como los relámpagos en un cielo sombrío y tempestuoso.

—¡Qué noche la de ayer!, continuó el ciego después de un rato de silencio: hasta los más leves sucesos han quedado grabados en mi memoria....! ¡Cómo aborrezco á esa multitud bulliciosa que pasa junto á mí burlándose de que no puedo verla....! ¡Cómo quisiera hundirles en la hiel que rebosa mi alma cuando me exigen que coopere con mi violín á sus place-

tes, que encienda en sus corazones fríos y muertos el amor, con la armonía de mis composiciones....! ¡Oh! ¡cuán injustamente está repartida la dicha.....! ¡qué felices son ellos! pueden contemplar el rostro de la mujer que aman, mientras que yo.... yo jamás podré mirarlo....!

Rafaelita contempló admirada al ciego al escuchar un lenguaje tan nuevo y extraño en sus labios. Manuel se detuvo un momento llorando: luego prosiguió hilvanando, con la incoherencia del delirio, sus pensamientos, que parecían tan diversos los unos de los otros, como lo parecen los picos de las montañas cuando los ilumina el relámpago y no se percibe la cadena que los liga.

—¡Qué encanto desconocido tiene su voz.... la oigo todavía.....! ¡Silencio! silencio: los latidos de mi corazón no me dejarán oirla.

Y después de un nuevo instante de recogimiento, durante el cual parecía haber prestado profunda atención á la voz que se repercutía, por decirlo así, en su mente, exclamó con uno de esos arranques que hacen vibrar el corazón:

—¡Señor! ¡Señor! ¡un rayo de tu luz....! quiero ver á esa mujer, cuyo acento es tan poderoso que embriaga el alma.....

El ciego dió un paso, y tropezó con Rafaelita, que había lanzado un grito y no tenía fuerzas para moverse, muerta de dolor al escuchar en las palabras de Manuel la confirmación de lo que más temía.

—¿Quién eres tú?, preguntó él sacudiéndola violentamente con esa acción convulsiva de la fiebre.

La pobre muchacha no pudo contestar: tenía la garganta anudada con los sollozos.

Manuel la empujó con una especie de espanto: después, todo en un momento, se adelantó hacia ella como atraído, y volvió luego á retroceder.

Al fin se detuvo, exclamando con angustia, como si implorase á las dos fuerzas contrarias que lo agitaban y lo atraían:

—¡Dolores...! ¡Rafaelita...! ¡Pero esto es estar loco, Dios mío....! añadió con desaliento.

Y sujetándose el corazón con fuerza, se retiró tropezando con los muebles, mientras que Rafaelita oprimía sobre sus labios un pañuelo para no llorar á gritos.

II

Rafaelita, la muchacha á quien acabamos de conocer, era una de esas mujeres de las que el mundo dice, al verlas de lejos: ¡es lindísima: pero los que la trataban de cerca, los que podían apreciar las cualidades de que estaba dotada, exclamaban: ¡es un ángel!

Era de cuerpo mediano, pero bastante delgado; de una de esas constituciones nerviosas y excitables, que parecen muy débiles, y que, sin embargo, tienen una fuerza asombrosa para sufrir; seres semejantes á la caña, que un leve soplo doblega y que no troncha el huracán: criaturas delicadas, naturalezas de ángel, "angelificata caro;" ¡mujeres, en fin, á quienes es imposible ver sin adorarlas!

Su rostro, perfectamente ovalado, tenía cier-

ta expresión enfermiza de melancolía y sufrimiento que lo hacían en extremo simpático é interesante, y le daban ese aire de espiritualismo que se nota en las vírgenes mártires de los templos heroicos del cristianismo. Su frente ancha, serena, bien formada, revelaba esa inteligencia tranquila en que Dios se refleja, como se refleja el firmamento en un lago terso y puro. Sus ojos modestos, grandes y meditabundos, tenían el color y la transparencia de una gota de café, y se adormecían bajo la sombra de una pestaña larga y sedosa, derramando un tinte de recogimiento y de meditación sobre todas las demás facciones.

Parecía hallarse todavía en esa edad en que la mujer conserva el perfume y la sensibilidad virginal de los primeros días de la adolescencia: al verla bajar tímida sus lindos ojos, y colorearse levemente sus pálidas mejillas, cualquiera la habría tomado por una niña que salía del convento. Sin embargo, contemplando su rostro, se percibían en él esa benevolencia maternal y grave, esa dulzura celeste, esa paciencia incansable que iluminan las facciones de las Hermanas de la Caridad, y que son la aureola de la buena esposa: ángel custodio que Dios, en una hora de bondad, concedió al hombre para que lo consolara en sus horas de sufrimiento, para que lo sostenga cuando vacila y para que por medio del amor lo rescate para el cielo!

Su actitud era muelle y lánguida y su paso

grave, cadencioso y leve, como si sus pies diminutos y torneados apenas tocaran el suelo; todos sus movimientos tenían impreso un carácter de gracia y de reflexión particulares.

La historia de Rafaelita está de tal manera enlazada con la de Manuel, que sería imposible separarlas. La amistad, la simpatía y el amor forman lazos tan estrechos entre dos almas, que las confunden, y logran que desde este mundo la una viva de la otra.

Manuel fué el hijo único de uno de aquellos hombres del campo, toscos y rudos, que aparecieron cuando la insurrección; hombres que, bajo un exterior áspero, ocultaban un corazón noble y caballeresco, un carácter leal y firme, un valor incontrastable y una fe profunda. Este hombre tenía un amigo de la infancia, que fué el padre de Rafaelita. Vivían unidos como hermanos, con esa amistad que llega á convertirse en un lazo de sangre: y se querían de tal modo, que cuando el primero se casó, el segundo formó la resolución de hacer lo mismo para que entre sus hijos sobreviviera y continuase su fraternidad.

Manuel nació el año de 1823, cuando su padre, después de la consumación de la independencia y en los días de la abdicación de Iturbide, no aspirando á empleos ni recompensas, se había retirado á una hacienda del interior á reparar los descalabros de su fortuna.

Siete años después, el de 1830, vino al mundo Rafaelita, pero heredando una de esas en-

fermedades orgánicas del corazón, que si bien aceleran y duplican la sensibilidad, son el germen de una muerte prematura. Su nacimiento costó la vida á su madre, que sucumbió como esas plantas á las cuales sólo es dado producir una flor.

Los dos niños crecieron como hermanos, arrullados por el amor de la madre de Manuel, que no hacía distinción entre ellos. Desde entonces se confundieron sus destinos como los riachuelos que mezclan sus aguas y no forman mas que uno solo. Desde entonces también sus padres le pidieron á Dios que no los separase nunca.

El año de 1836 murió el padre de Rafaelita en los brazos de su amigo, y desde este momento, puede decirse con exactitud, comenzó á declinar para aquella familia el sol de la felicidad.

Al año siguiente cayó enfermo Manuel de una erisipela en la cabeza, que durante muchos días hizo desesperar de su vida. ¡Hubiérais visto entonces á aquel rudo campesino dar pruebas de sensibilidad tan exquisita! ¡no separarse por un momento, ni de día ni de noche, de la cabecera de su hijo...! Al fin salió Manuel del peligro; pero por un error fatal en la curación, quedó completamente ciego!

Este último golpe fué terrible para el padre. Esas naturalezas fuertes, que no tienen flexibilidad para doblegarse al sufrimiento, reciben

de lleno los golpes en el corazón, y sucumben hechas pedazos, como el acero. ¡A principios de 1838 Manuel quedó huérfano!

Cuando al referir en breves líneas la historia de una existencia, hay que amontonar desgracia sobre desgracia, la mente se resiste á creer que pueda haber suerte tan cruda; pero que cada cual apele á sus propios recuerdos, y no creo haya quien dude después de este examen. ¿Quién no tiene en su pasado días negros que se suceden y se relacionan; larga cadena de dolor que arrastramos en la vida? Por el contrario, ¡cuánto distan frecuentemente de la realidad las más exageradas novelas! ¡Cuántas historias hay ocultas en el interior de las familias, que se pierden entre Dios y el alma, que sobrepasarían á todo lo que se ha escrito si llegaran á revelarse algún día!

Durante los primeros meses de su viudedad, la madre, en cuyo corazón había ido atesorándose todo el amor que antes estaba repartido entre los miembros de la familia, empleó cuantos recursos eran posibles para volverle la vista á su hijo. Arrastrada al último por una de esas esperanzas imposibles, como sólo puede alimentarlas ya una madre, se vino á México para apelar á todos los recursos de la ciencia. Pero la ciencia no hizo más que decir á Manuel con su voz fría, inflexible y severa: ¡Adiós ilusiones! ¡ya no hay luz para ti en el mundo.....!

¡Horrible sentencia! Hay dolores contusos

que no tienen siquiera el alivio de las lágrimas; dolores silenciosos y sombríos que se concentran en el corazón y lo sofocan!...

Manuel, que á los quince años se veía de esta manera condenado á perpetua obscuridad, perdió hasta el último resto de energía y cayó en el más completo desaliento, esa enfermedad mortal del alma que destruye hasta los deseos, que nos deja impotentes y sin voluntad de detenernos en la pendiente de nuestra ruina.....!

¡Todo parecía concluído para el pobre ciego, todo! Pero ahí donde terminaba el esfuerzo humano, Dios, que no abandona á los que sufren, ponía el amor; ¡el amor, esa luz, emanación de la Divina Esencia, que señala á las almas el camino de la vida....!

Como si Rafaelita hubiera comprendido desde luego la misión á que estaba destinada, desde que Manuel perdió la vista fué su apoyo, la "luz de sus ojos," para servirnos de una de las expresiones de éste. Puede decirse que sólo para él vivía, sólo para él respiraba; y nunca, aun en las horas de más negra melancolía, lanzó el ciego un suspiro que no lo recogiera su hermana.

Rafaelita era una de esas criaturas que el infortunio hace desarrollar muy temprano: para ella no hubo infancia, esa edad de risa y juegos en que todo es de oro y grana para los niños. Desde el momento casi de formarse su razón, tuvo que olvidarse de sí propia para consagrarse á consolar y aliviar al que veía su-

frir á su lado: era un ángel alimentado con lágrimas y creado para el amor.

Educada bajo la amorosa é incesante vigilancia de la madre, su corazón se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que más tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones. Cuando el alma permanece de esta manera virgen, no se empañan ni se borran esas ideas primitivas, esa imagen de la belleza esencial, grabadas en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, contemplando, participando y reflejando su perfección, (1) y que son como un presentimiento de su futuro destino, como una fuerza que la atrae hacia el Creador, y que la obliga á concentrarse en sí misma y elevarse más allá del mundo de los sentidos para gozar anticipadamente de la dicha que la espera. Tal era, en resumen, el fondo ó el carácter de Rafaelita: una mujer sencilla, creada en la soledad, cuya alma, ideas, sentimientos é instintos tendían á elevarse al cielo, como la parte espiritual de las flores, el perfume. La religión para ella no era obra de la razón, era un sentimiento de amor natural, irreflexivo, espontáneo: amaba á Dios, no porque era Dios y le había dado la vida y todos los beneficios que gozaba, sino porque había en su corazón una especie de apego, de afición, de tendencia, de parentesco—no sé cómo ex-

(1) Platón, in Phædr. Cicerón, I de Leg.

presarme—hacia ese Sér infinito, del cual provenía y hacia el cual se sentía atraída como por una vorágine. Era la religión de uno de esos corazones ignorantes y amorosos, para los cuales, como dice San Agustín, orar es espirar (1) corazones llenos de fe, que se ignoran á sí mismos, y que Dios debe acaso preferir, porque son como unos diamantes purísimos que absorben y concentran en sí, como en un foco, los rayos del amor divino y lo esparcen en torno suyo sin mezcla ni sombras, como una irradiación luminosa.

Si no hubiera sido por Rafaelita, fuerza es repetirlo para que se comprendan los tesoros de amor que encerraba su alma; tal vez habría sucumbido Manuel al peso de su dolor. Pero la niña, sin comprender todavía la santidad de su papel, instintivamente, por sólo el presentimiento, la tendencia de su corazón de mujer, se consagró con toda su alma al pobre ciego, hallando palabras de consuelo, atenciones delicadas para reanimar su valor é infundirle la resignación, ese heroísmo del sufrimiento.

Absorta en tan piadoso ejercicio creció Rafaelita. ¿No os parece que esta excitación perpetua de su alma, debía influir poderosamente en su organización física y moral? ¿No creéis que la concentración de sus facultades debía disipar más temprano las sombras de la infancia en que yacía adormecido su corazón? Y

(1) Orare spirare. San Agustín. De Civit. Dei.

éste, ¿no era natural que se ensanchara, como la retina del ojo cuando la hiere de lleno la luz? .....¡Así fué; y desde muy tierna había en su fisonomía, siempre pálida, cierto aire de gravedad y de meditación que la distinguía entre las demás niñas; es que las otras desparramaban en torno suyo, pródiga é inútilmente, la vida, mientras que ella la concentraba en su corazón para elaborar los tesoros de amor de que se alimentaba su alma! es que las otras se extendían sobre la tierra, como esas plantas muy frondosas que gozan de la naturaleza; mientras que ella, erguida y solitaria, se elevaba buscando la luz y el aire puro!

De esta manera había llegado á adquirir un aire de ascetismo que parecía desprenderla de la tierra. Esas criaturas que concentran sus facultades morales en un solo punto, logran al fin aislarse de cuanto las rodea, é imprimen en su naturaleza el sello de su pensamiento. Al verlas se diría que son seres cuya carne tiene algo de etéreo, que se sostienen en el aire "sicut virgula fumi," que sólo aguardan el momento de elevarse hacia donde el alma se siente atraída, como un perfume visible, como un rayo de luz encarnado!.....

.....

Concentradas de semejante manera las facultades del alma en un solo punto, adquieren, es cierto, mayor potencia y claridad, como los rayos de la luz reunidos en un foco, pero aceleran la vida animal, hacen "vivir mucho